

peligros que conlleva el olvido de los valores clásicos y la necesidad de una reacción.

Como valor fundamental que hay que conservar a toda costa está la Hispanidad, analizada con precisión y con pasión por Roberto H. Marfany, que aboga por la necesidad de fortalecer o restablecer el legítimo origen hispánico para recuperar el ser histórico.

Un factor importante para la conservación de los valores culturales fundamentales es el referente a la conservación del acervo historiográfico que trata Néstor Tomás Auza, el patrimonio histórico-cultural y la conservación de las instituciones naturales o «ecologismo integral» tratados, respectivamente, por Carlos María Gefly y Obes y por M. Montejano.

Termina con algunas contribuciones de carácter más político, como el conservadurismo en la política argentina, la tradición, la revolución y la conservación y, finalmente, sobre la conservación de la fe, por Héctor Aguer.

En resumen, un volumen lleno de interesantes sugerencias y de ideas originales —que contrastan con la monotonía de conceptos de aquellos cuya única idea fundamental es una fe indiscriminada en el progreso material que, según ellos, sería necesariamente origen de desarrollos positivos en la ética y hasta en la religión—.

JULIO GARRIDO

**Javier Nagore Yárnoz: EN LA PRIMERA DE NAVARRA  
(MEMORIAS DE UN VOLUNTARIO NAVARRO EN RADIO REQUETE DE  
CAMPAÑA) (\*)**

Este libro de Javier Nagore es, para los que de algún modo (aunque sea menos brillante) participamos en los frentes de la misma Cruzada española de hace más de un tercio de siglo, un memorial emocionante, pero también es, para cualquier lector más alejado, una historia del más alto interés. Una verdadera historia, como debe ser, de «soldados conocidos». Ya en otras ocasiones ha dicho que los historiadores deben tener muy presente el Monumento de los Muertos de Navarra en la Cruzada, que se contempla en Pamplona, un excelente ejemplo de monumento a los «soldados conocidos», pues en sus muros interio-

---

(\*) Madrid, 1982, 167 págs.

res figuran los soldados navarros que murieron por Dios y por España, en largas listas por pueblos, cada uno de ellos con su nombre y los apellidos, paterno y materno: testimonio irrefutable del sacrificio heroico de un pueblo por una gran causa que le animó. A este admirable modelo corresponde ahora la historia de Nagore, que es, como digo, una historia de soldados conocidos, de muchos y no de uno solo. Naturalmente, no puede menos el autor de narrar los hechos desde su propio recuerdo, como soldado de la gloriosa Primera División Navarra, valiéndose también de las notas que pudo tomar a lo largo de los años de frente, en el Norte, luego en Teruel y finalmente en la batalla decisiva del Ebro, en el verano de 1938, después de la cual pudo vislumbrarse ya como cierta la victoria —pues victoria fue, y rotunda— de abril de 1939. Sin embargo, en todo momento, procura el autor aportar los testimonios de otros soldados próximos a él, de modo que, sin perder los rasgos personales del estilo del autor, resulta una historia colectiva, una gran epopeya, en la que nos vemos representados cuantos participamos en la misma Cruzada. Es más: aunque, por la zona de procedencia de esta División sobresalga, inevitablemente, la contribución de los Requetés, el autor destaca constantemente el valor de otros sectores que contribuyeron con el mismo heroísmo a la gesta común.

Narración vigorosa, la de Nagore, llena de detalles muy precisos y de anécdotas; con un estilo entrecortado y trepidante, como la misma acción bélica de la que, como buen notario, nos da fe; pero que mantiene siempre en tensión el sentido trascendente de lo que narra y el espíritu que animó a los soldados de aquella Cruzada; un estilo en el que no falta un arte excepcional para captar situaciones, los talentos personales y, hasta, con gran belleza, la estética del paisaje, pues no hay que olvidar que este austero notario de Pamplona está dotado de una gran sensibilidad poética ante la naturaleza. En tono menor ya había hecho gala de estas condiciones literarias, en su diario, de una peregrinación a Roma, hecha a pie con un antiguo compañero de guerra, para dar gracias por haber salido con vida de tan grandes peligros por los que habían pasado. Pero ahora se trata de algo incomparablemente más elevado: de una gesta.

En las condiciones y circunstancias que hoy nos atraviesan, es comprensible que el autor haya querido limitar la difusión de su obra, destinada por él a los amigos y compañeros más próximos en aquella guerra, pero es previsible que tenga que acceder a las solicitudes de mayor difusión, pues los pocos ejemplares distribuidos han suscitado ya muchas peticiones en ese sentido.

Y yo creo que este memorial verídico puede hacer vibrar a muchos de los más jóvenes de hoy, tras una fase de crisis del patriotismo, del heroísmo, de la misma fe —de la que aquellos héroes dieron un ejemplar testimonio, bendecido por la Jerarquía—, e incluso crisis de la alegría, de aquella alegría que vibraba en coplas espontáneas y populares, de las que está lleno este libro, y que nada tienen que ver con la moda de la canción lánguida y comercial, psicodélica y extranjerizante de los últimos lustros (¿no es verdad que ya nadie parece capaz de cantar himnos, del color que sean?). Porque, aunque la vida de los pueblos no se repita, no es menos verdad que las crisis y modas tampoco son irreversibles, como fácilmente puede comprobar quien ha vivido lo suficiente para conocer los cambios reversivos.

Pero nada más lejos de la lamentación nostálgica que este estupendo testimonio de Nagore. En efecto, no nos da sensación de lejanía, sino que nos introduce en una actualidad siempre palpitante y atrayente; viene a ser como una brillante película en la que el espectador no puede menos de verse plenamente incorporado. Como he podido observar en otros lectores de este libro, se siente uno irresistiblemente atraído para releerlo, para no apartarlo de nuestro entorno, para revivir la gesta narrada, y no puede uno menos de sentir una profunda simpatía y admiración por el autor y sus compañeros de guerra. Se trata de unas memorias, pero no dejan las cosas en el pasado, como algo lejano e inerte, sino que las hace revivir con poderosa fuerza épica. Porque los hechos admirables sólo se hacen propiamente épicos cuando se escribe sobre ellos como ha sabido hacer Nagore.

«Por eso los viejos —dice el autor (pág. 63)— escribimos memorias; y rezamos más». Lo dice al comentar cómo él no se dio cuenta, ni los que con él estaban, del verdadero significado de una especie de aurora boreal que se observó en todo el Occidente de Europa durante la noche del 24 al 25 de diciembre de 1938, un fenómeno celeste extraño que ya había sido anunciado en uno de los mensajes de Nuestra Señora de Fátima como aviso del gran castigo divino que iba a sobrevenir, como efectivamente ocurrió con la guerra mundial que empezó al año siguiente. En efecto, los acontecimientos vividos pueden, con frecuencia, quedar oscurecidos por una interpretación de pocos vuelos —una simple aurora boreal, en ese caso!—, por la obcecación de la mente humana, por el pronto olvido o por decidida voluntad de silenciarlos... Sin embargo, una vez que se reviven conscientemente, adquieren toda su significación. No otra cosa ocurre con los milagros del Evangelio. Pero también sucede algo de esto

con experiencias como la de nuestra Cruzada, y este libro tiene el mérito, sobre todo, de presentárnosla, sin dejar el claroscuro de la veracidad, y aunque sea con una visión limitada por la propia experiencia del autor, en toda su épica grandeza y en todo su alto significado para la historia, no sólo de España, sino también universal. Una gran gesta para ser vivida, y revivida, ahora, por el testimonio del autor.

No sabría yo, en este momento, dejar de hablar de Nagore y su libro, de su historia y de la gesta historiada, pero me haré violencia para no dejarme llevar por el impulso de la amistad y admiración personal hacia este hombre lleno de nobleza cristiana, al que tengo como guía (buen montañero él) en nuestra lucha por defender la foralidad; para no dejarme llevar por sentimientos de patriotismo y complacencia por una guerra hecha sin odio por unos hombres con un alto espíritu de sacrificio. Porque todas estas posibles virtudes deben ceder ahora ante la más oportuna de la sobriedad.

ALVARO D'ORS